

UN VIEJO DESMEMORIADO

La enfermera corrió desesperada por los pasillos. Parecía alma en pena. No paró hasta encontrarse frente a la puerta del despacho del director. Agitada, golpeó frenéticamente. Le abrió un hombre vestido con el clásico delantal de médico, pantalón gris de vestir, camisa celeste y una corbata de colores al tono, discreta. Él la semblanteó y se dio cuenta por su aspecto que el motivo era grave. Con un ademán, la hizo entrar. Ella se desparramó en la silla y le comunicó que el viejito de la habitación 25 había desaparecido. Casi balbuceando le dijo que *“dejó la cama vacía y no supimos más de él... Estaba extenuado por el paseo en el jardín. Durante una hora y media lo buscamos por todas partes, hasta en la escalera de emergencia. No queríamos molestarlo, pues sabemos que usted está muy ocupado. Nadie lo ha visto salir ni entrar. No está en ninguna parte. Queremos su consentimiento para llamar a la policía”*. Luego de meditarlo un segundo, el director del geriátrico resolvió llamar a la policía. Sabía que la enfermera era de confiar y muy responsable.

La familia del desaparecido hacía casi un mes que no lo visitaba. La falta de comunicación y el silencio del anciano les dieron a entender que había perdido la memoria y ya no los reconocía.

Sin signos de demencia, el viejo vagabundeaba por las calles de la ciudad. Se había escapado dentro de la cúpula del camioncito de la lavandería. El fresco de la mañana lo reanimaba. Le dio hambre, sensación de bienestar que aparece cuando uno quiere seguir viviendo, a pesar de todo. Buscó en el bolsillo de su pantalón, la gastada billetera de cuero. Allí había escondido unos pesos. El olor a pan recién horneado lo atrajo. Entró a la panadería y compró tres facturas con dulce de leche. Se sintió como una embarazada frente a un antojo. Se sentó en un banco de la plaza a disfrutar de los verdes nuevos y de los sabores viejos. No debía demorarse. Buscó una casa de empeños y entró resueltamente. Le entregó al empleado los dos anillos de compromiso, el de su mujer y el suyo. También se sacó el anillo que le regaló a su esposa cuando fueron al Brasil, con esa piedra especial. Tomó el dinero que le ofrecieron sin discutir.

Recorrió un persa para comprarse ropa y calzado. Sabía que los del geriátrico llamarían a la policía y quería despistarlos con la nueva vestimenta. Se compró un pantalón y una camisa a cuadros; quería pasar desapercibido. Caminó unas cuadras y encontró una estación de servicio. Allí se haría pasar por un camionero y podría bañarse y cambiarse. Debía seguir con el plan que cuidadosamente en un mes de silencio había pergeñado. Frente a la catedral estaba el hombre que buscaba. Un pordiosero tirado en el piso le extendió la mano. Le dejó en ella la bolsa con la ropa vieja y las zapatillas. Libre como un pajarito, se dirigió hacia la terminal de ómnibus.

Los carteles le indicaron lugares y horarios de salida. Se acercó a la boletería y pidió un boleto para “Guaymallén”, provincia de Mendoza. Con el corazón saltándole en el pecho esperó que apareciera el ómnibus que lo llevaría a su tierra natal.

El viaje transcurrió sin sobresaltos. Una azafata le acercó una rica cena de ravioles con queso. Pronto se recuperaría, el hambre había vuelto a invadir su cuerpo. Sus pensamientos lo llevaron de vuelta a Buenos Aires. Sus herederos lo buscarían solo para comprobar si estaba vivo o muerto. Seguramente ellos deseaban lo segundo. Allí terminarían las disputas por sus bienes.

Al día siguiente, luego de un amanecer entre cerros y ríos saltarines divisó el cartel con el nombre de su tierra. Al bajarse, frente a la terminal, un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Cuántos recuerdos! Cruzó la calle y sus pies cansados se dirigieron hacia la casa que había dejado atrás hacía más de sesenta años. ¿Quién la habitaría? Todavía no tenía decidido dónde pasaría el resto de su vida. Pero realmente no le preocupaba. De algún modo se las iba a arreglar.

Todavía estaba en pie. Una vieja casa de ladrillos, con una maciza puerta verde se levantaba altiva. Un pequeño jardín adornaba el frente. Se aproximó al cerco de madera y golpeó las manos. Un perro mestizo le ladró furioso, mostrándole los dientes. Al ratito apareció una viejecita que lo miró con curiosidad. Al acercarse a la entrada, sus ojos se agrandaron para observarlo. Con cara de sorpresa lo reconoció: *“¿Vos no sos el Antonio?”*. Al escucharla descubrió de repente que aquella mujer era su prima Iris. Un abrazo interminable los unió. Ella cariñosamente lo invitó a entrar...

Entre mates y crujientes sopaipillas se contaron sus amores y desamores. Fueron deshojando sus vidas como margaritas. Me quiso mucho, poquito, nada... El Antonio descubrió que la vida es una rueda. Sus días terminarían donde habían comenzado.

El director del geriátrico respiró aliviado. El caso "Antonio Riveros" había concluido. El parte policial comunicaba que *"un hombre de alrededor de ochenta años, de contextura física mediana, cabellos grises, barba y bigote, había sido hallado en la calle atropellado por un auto, que se había dado a la fuga. Vestía un pantalón marrón, remera beige y unas zapatillas marca Topper"*. Los deudos ya habían pasado por la morgue para corroborar la identidad del viejo.

NORMA LEONOR QUIROGA